

CUANDO SE ESCRIBE LA HISTORIA...

Ciudades arqueológicas donde se yerguen pirámides, esculturas en piedra, muros adornados con pinturas, suelos cubiertos de piedras o simplemente de tierra apisonada, así como multitud de utensilios de barro, concha, madera y otros materiales, constituyen el testimonio arqueológico de los pueblos prehispánicos. Ayer, como hoy, la presencia humana en territorio mexiquense ha sido multiétnica: otomíes, mazahuas, tepanecas, matlatzincas, gente de habla náhuatl, convivieron —algunos conviven todavía—, en lo que hoy conocemos como Estado de México.

Con la llegada de los españoles, la presencia de esas etnias se convirtió en testimonio escrito, ya en caracteres españoles, acompañados muchas veces de jeroglíficos indígenas. Algunos pueblos no alcanzaron a generar este tipo de documentos y únicamente conservaron la tradición oral que en ocasiones fue trasladada a dibujos de estilo indígena. La mayor parte de esa tradición oral se encuentra diseminada en las declaraciones de los testigos que asistieron a los innumerables pleitos de tierras sostenidos en los tribunales novohispanos entre indios y españoles.

Hubo, por otra parte, otro grupo de tradición escrita: el que legaron los mismos conquistadores como Hernán Cortés o Bernal Díaz del Castillo; los que escribieron los religiosos Bernardino de Sahagún, Juan de Torquemada y otros menos famosos que éstos. No faltan en este grupo los funcionarios civiles, un representante de los cuales, Alonso de Zorita, recogió noticias importantes acerca del modo de gobierno de los matlatzincas en el siglo xvi.

Los indígenas versados en la cultura europea, que es el caso de los alumnos del colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, no escaparon a la tentación de escribir la historia de sus provincias. Varios de ellos participaron en la confección de los *Anales de Cuauhtitlan*, quizá el primer intento de reunir la historia de los pueblos del Anáhuac. Hicieron lo mismo ciertos mestizos como, entre otros, Domingo de San Antón Muñón Chimalpahin en

Chalco, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y Juan de Pomar en Tetzaco.

La tradición oral de la que hemos hablado en párrafos anteriores se encuentra fundamentalmente en el Archivo General de la Nación de la Ciudad de México, ramos Hospital de Jesús, Tierras, Indios y Mercedes. En Sevilla, España, en el imprescindible Archivo de Indias, se localizan incontables documentos en los ramos audiencia de México, Justicia, Indiferente General y otros, explorados por investigadores nacionales y extranjeros en busca del pasado mexiquense.

Otro tipo de tradición oral, muy escueto, se encuentra en las *Relaciones Geográficas*, cuestionarios enviados por el rey Felipe II con el objeto de conocer en detalle sus posesiones de ultramar. Para muchos pueblos de la Nueva España, estas *Relaciones* son las únicas noticias que tenemos de su historia.

El contenido histórico de los relatos escritos y orales empieza, fundamentalmente, cuando los pueblos que habitaron el actual territorio mexiquense fueron conquistados por la Triple Alianza. Las referencias a su historia anterior son pocas y relacionadas precisamente con la conquista mexicana. Nos referimos a la región occidental del Estado de México, es decir, a lo que se conoce como Valle de Toluca o Matlatzincó.

La región oriental en donde se ubican Tetzaco y Chalco tuvo la suerte de conservar su tradición histórica gracias a los escritos de sus propios cronistas mencionados en párrafos anteriores. Afortunadamente, ellos trasladaron a la escritura europea muchas de sus pinturas y tradiciones orales conservadas por ancianos que aún vivían cuando los cronistas mestizos escribieron. No sucedió lo mismo entre los pueblos "toluqueños" que carecieron de cronista propio. Al transcurrir el tiempo, las necesidades jurídicas del gobierno novohispano ayudaron a generar documentos que determinaran la legalidad en la tenencia de la tierra: fueron los documentos conocidos con el nombre de códices del grupo Techialoyan. Generalmente en ellos se insertan

pasajes de la historia prehispánica, naturalmente en una versión muy popular que muchas veces nos parece fuera del estricto contexto histórico.

A pesar de las limitaciones mencionadas, varios entusiastas hemos intentado la reconstrucción del pasado indígena mexiquense. Por lo pronto, se tiene ya una secuencia de los hechos más destacados en el área: la existencia de varios señoríos anteriores a la intrusión mexicana; la rivalidad entre ellos, no por motivos baladíes como los que relatan Fernando Alvarado Tezozómoc y el fraile dominico Diego Durán, sino por causas más complejas, entre otras la simpatía y el apoyo, ya sea hacia los tenochcas o hacia los purépechas. Situados en medio de esos dos señoríos, Michoacán y Tenochtitlan, el Valle de Toluca sobrevivió en la historia gracias a lo que sus vecinos y enemigos dijeron de ellos. Muchas veces así se escribe la historia, rastreando los testimonios de los enemigos: éstos, refiriéndose a los toluqueños, relatan que los hijos del señor de Toluca tuvieron problemas con los hijos del señor de Tenancingo; es decir, que la "versión oficial tenochca" atribuye el origen de la guerra contra Matlatzinco a las rivalidades entre los vástagos de los dos señoríos más importantes del valle. Ocultan los motivos políticos en los que destaca un grupo de descontentos con el señor de Toluca porque éste se inclinaba hacia el punto de vista tenochca. En uno de los lugares periféricos, Atlatlauhca, al parecer dentro de la órbita de Tenancingo, se recordaba a Axayácatl por haber sido el personaje que liberó a ese pueblo de la "tiranía" de los de Tenancingo pero también Axayácatl fue el que les nombraba gobernador y fijaba tributo. La versión contraria, al parecer favorable a los michuques o quizá a los que preferían vivir fuera de las dos órbitas políticas, permanece oculta en las declaraciones de los testigos en los pleitos de tierras. Ahí es donde debe enfocarse la atención del buscador de datos.

Al rastrear en los documentos antiguos, se siente la emoción de encontrar dos o tres nombres de personajes no mencionados por las historias comunes; esas pistas nos dicen que las vetas históricas están abiertas y que, a pesar de lo arduo del trabajo y del tiempo invertido, mucho puede sacarse a la luz. La versión registrada en los legajos correspondientes al Hospital de Jesús trae noticias que pueden hilvanarse de momento, para después agregar nuevos datos y formar así una pieza más completa. Las declaraciones de los testigos en los pleitos sostenidos entre la Corona española y el marquesado del Valle dicen que hubo una fuerte oposición a la política pro-tenochca, a la que se inclinaba el señor toluqueño. Al parecer, la parte contraria fue encabezada por Tlilcuetzpalin, posiblemente sacerdote o gobernante en Calixtlahuaca, quien encabezaba a un grupo de nobles descontentos. El nombre de Tlilcuetzpalin aparece en algunas historias y se le identifica con un señor rebelde a los toluqueños, que gobernaba

en Xilotepec. Empieza a hacerse más nítida la versión oral. Cuando las voces se encuentran, se convierten en letras y en historia.

Guerra y política no son los únicos temas que se hallan en los documentos; puede extraerse de ellos la tenencia de la tierra, la introducción de nuevas costumbres, de nuevos oficios, de las modificaciones al medio ambiente, ya sea a lo largo de la época prehispánica o durante el gobierno español, época en la que destaca la introducción del ganado y nuevas especies vegetales como frutas y verduras.

Cuando las versiones orales de los testigos saltan de los documentos y coinciden con los relatos de los libros, de las historias publicadas, podemos enlazarlos y tratar de armar un conjunto de opiniones que esclarezcan algún episodio histórico. La mención de un nombre propio, de lugares geográficos ubicados en la región estudiada, ayuda a olvidar las largas horas de desciframiento paleográfico empleadas en encontrar tres o más renglones de referencias históricas. Relacionamos nombres de personas y de lugares con las lecturas "doctas" y en ese momento podemos conocer la naturaleza de un hecho, si en efecto un personaje actuó de una manera o de otra, si se aclaró alguna duda o si surgen más. La historia se va armando, se despeja el paisaje nebuloso que teníamos al iniciar la investigación, y el texto, corto o extenso, aclara algunas páginas de la historia.

No todo termina cuando se imprimen los resultados obtenidos, las comparaciones entre textos conocidos y los que "descubrimos". Falta la interpretación. Surgen las hipótesis y las dudas: ¿la conclusión será correcta? ¿Habremos calumniado a un héroe o elevado a esa cate-



goría a alguna persona que no lo merecía? La tesis aparece poco a poco y es entonces cuando el gozo del historiador se ve premiado al pensar que colaboró en esclarecer un pasado oculto por varias centurias.

¿De qué forma se rescató esa tradición oral en documentos no escritos específicamente para la historia? Los testigos que figuran en los pleitos de tierras son, en su mayoría, gente del pueblo, macehuales. Aparecen también pillis o nobles que ocuparon, en el momento de sus declaraciones, cargos administrativos en el gobierno indígena. Todos ellos escucharon de sus antepasados las pláticas que solían hacer sentados alrededor de fogatas, cuando recordaban los tiempos de la "gentilidad". Esas conversaciones no fueron exclusivas de los nativos pues en ellas participó uno que otro español, como por ejemplo Pedro Carvallo, peninsular asimilado a la vida indígena por haberse casado con una aborigen. Él escuchó de labios de su suegro, quien fuera cacique de Tenancingo, reunido con otros ancianos, hablar de los tiempos pasados; lo que guardó en su memoria, no tuvo inconveniente en exponerlo ante jueces y letrados. Gracias a esa simpatía por la historia de los indios, conocemos lo que los toluqueños recordaban de su historia, desgraciadamente no más atrás de la conquista tenochca. Sin embargo, debido a esa intrusión militar, podemos enterarnos de la situación de los toluqueños bajo el dominio de la Triple Alianza: cada uno de los pueblos integrantes de ese conjunto armado disfrutó de tierras cultivables en el Valle de Toluca. Esos campos se conocieron desde entonces —todavía conservan sus nombres en la actualidad— como Azcapotzaltonco, Tlacopan, Tetzaco. Hubo tierras conocidas por el nombre de monarcas tenochcas como Tizoc y Ahuítzotl. La idea generalizada en el siglo XVI fue que eran propiedad de esos Señores y, en ese aspecto, el concepto de tenencia de la tierra al estilo prehispánico se había perdido. Las tierras, en efecto, fueron donadas a dichos Señores pero no a título personal sino debido a su participación militar en la conquista del Valle de Toluca; se trataba de un premio pero no podía considerarse como propiedad privada, ya que eran las tierras destinadas al mantenimiento de los guerreros.

También en la memoria de la gente quedaron grabados los nombres de los gobernantes, de las familias a que pertenecían y de quienes les rendían tributo. Se ha podido seguir la secuencia de los Señores de Toluca desde el siglo XV, cuando llegaron a dominar los tenochcas: Chimaltecuhtli (Cachimaltzin), señor derrotado por el mexica Axayácatl, quien le reconoció su calidad de gobernante de Toluca con la condición de que tributara a México-Tenochtitlan. A la muerte de Chimaltecuhtli le sucedió en el cargo su hijo Tuchcoyotzin, y a éste, Mazacoyotzin, gobernante cuando llegaron los españoles. Aquí las versiones se confunden, se contradi-

cen: la memoria histórica de la gente del pueblo trasto-ca los nombres y los años. Únicamente los *Anales de Cuauhtitlan* nombran a Mazacoyotzin como gobernante de Matlatzincó a la llegada de los europeos. Una dinastía corta en el tiempo pero diseminada en otros pueblos de la región. Hernán Cortés se encargó de que parientes cercanos de Chimaltecuhtli gobernaran en poblados estratégicos: Xalatlaco, Metepec o Calixtlahuaca. El linaje de Chimaltecuhtli se dispersaba, se perdía. A principios del siglo XVII pocos conservaban el recuerdo de parientes e hijos del que fue señor toluqueño. Esos pocos habían cambiado de situación, aprendieron una nueva lengua, nuevas costumbres, nuevos modos de vida enseñados en el convento franciscano de Toluca. Casi nada se dice de este convento, todos los elogios se dirigen al convento de Tetzaco, a la escuela de primeras letras que fundara fray Pedro de Gante. Labor semejante debió desarrollarse en los demás monasterios de la Orden Seráfica y, si hemos de juzgar al árbol por los frutos dados, el convento de Toluca merece ser reconocido como formador de las generaciones que ocuparon cargos en el gobierno indígena de la comarca toluqueña y como otra veta que podría dar sorpresas a los historiadores. ■

Obras consultadas

- Archivo General de la Nación, México. Ramos: Hospital de Jesús, Legajo 277; Indios, Mercedes.
- Archivo de Indias, Sevilla, España. Ramos: Audiencia de México.
- Anales de Cuauhtitlan. Códice Chimalpopoca y Leyenda de los soles*, UNAM, México, 1985.
- Chimalpahin Quauhtlehuanitzin, Domingo de San Antón Muñón, *Anales*, 6a. y 7a. Relaciones (trad. Remí Simeón), París, 1889.
- Durán, fray Diego, *Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme*, 2 vols., Ed. del Equilibrista/Banco Santander, España, 1990.
- Menegus B., Margarita, *Del Señorío de la República de Indios: el caso de Toluca, 1500-1600*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1991.
- Quezada Ramírez, Ma. Noemí, *Los matlatzincas. Época prehispánica y época colonial hasta 1650*, INAH, México, 1972.
- Relaciones geográficas del siglo XVI*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM, México, 1986.
- Sahagún, fray Bernardino de, *Historia de las cosas de la Nueva España*, 4 vols., Porrúa, México, 1981.
- Tezozómoc, Fernando Alvarado, *Crónica mexicana*, Porrúa, México, 1980.
- Torquemada, fray Juan de, *Monarquía Indiana*, 7 vols. UNAM, México, 1975-1983.
- Zorita, Alonso de, *Los señores de la Nueva España*, Biblioteca del Estudiante Universitario, Núm. 32, UNAM, México, 1942.